
Los Tatetos

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9071

Título: Los Tatetos

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento, Artíclo, Crónica

Editor: Brian

Fecha de creación: 28 de julio de 2026

Fecha de modificación: 28 de julio de 2026

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Los Tatetos

El tateto es un animalito arisco, cerdoso y cargado de hombros, como el jabalí. Se mueve constantemente de un lado a otro con una especie de trote nervioso, y representa en la selva americana al citado jabalí, a cuya familia pertenece.

Pero al revés de la negra bestia Solitaria, el tateto no se halla en la soledad, Su vida entera, su inteligencia están consagradas a la piara. Un tateto aislado apenas constituye otra cosa que un chanchito canoso, de cuello recogido, mirar soslayado y cabeza baja. Pero en la piara familiar, en la manada salvaje, el tateto encarna la vida total y obstinada de la especie.

Apretados en piaras de cientos y miles de individuos, los tatetos van y van. Como los perros jaros de la India, nada ni nadie les detiene. Donde ellos pasaron, el bosque queda desgarrado, destilando barro y flavo hedor.

Dícese que los tigres siguen pertinazmente días y días a la zaga de estas grandes manadas, alimentándose de los individuos cansados que pierden contacto con sus hermanos.

Si el destino quiere que la plantación lujuriente de un pionero del bosque se halle al paso de los tatetos, el hombre puede cruzarse de brazos ante su destino, pues de la plantación no quedará sino fango, y hojas trituradas bajo él.

Allá, insensibles a los precipicios, los ríos, y la extenuación progresiva de la manada, los tatetos van y van.

Ni ellos saben por qué. Podría decirse que llevan, como el

instinto, los ojos cerrados. No buscan nuevos alimentos, ni su avance es de lucha. Puédese disparar sobre ellos de flanco, sin que la gran ola de lomos cerdosos altere su ritmo.

Pero si el cazador es visto por la manada, y sus balas alcanzan a derribar a los viejos machos de la vanguardia, el hombre entonces puede llevarse desde ya las manos al vientre, si no ve un árbol a su alcance.

En efecto, ante ese ataque, el sonambulismo emigratorio de la manada alérase de pronto. Las cerdas se yerguen rígidas, miles de puntos verdosos incendian la penumbra, y el furor de los tatetos sobrevive largo rato a la muerte del hombre, límite bien breve por cierto.

Pero he aquí que el hombre ha tenido tiempo de trepar a una cepa de árbol, apenas a metro y medio del suelo, sobre la que se mantiene de pie, haciendo fuego con su winchester.

Cuatro, ocho, diez tatetos caen muertos. Los demás —son miles— se abalanzan contra el tronco, pero no alcanzan. Saltan en vano, y caen de nuevo. No pueden pasar de las suelas del hombre, que empapan de babas.

La ira excita a los tatetos hasta un grado increíble. Trotan alrededor del hombre con la boca entreabierta, y se precipitan sobre el tronco a arrancarlo con sus colmillos. Largos jirones de corteza vuelan al aire, y asimismo parte de la madera.

Sobre el tronco, el hombre ya sin balas mira a todos lados. En cuanto abarca, su vista del breve claro de bosque, no ve sino puntos verdes fijos en él, en la más feroz inmovilidad.

Porque ante la inutilidad de su ataque, los tatetos se han calmado. Están ahora quietos, de pie o echados, sin apartar una línea sus ojos del hombre, en tanto que el crepúsculo se va llenando del castañeteo de sus dientes.

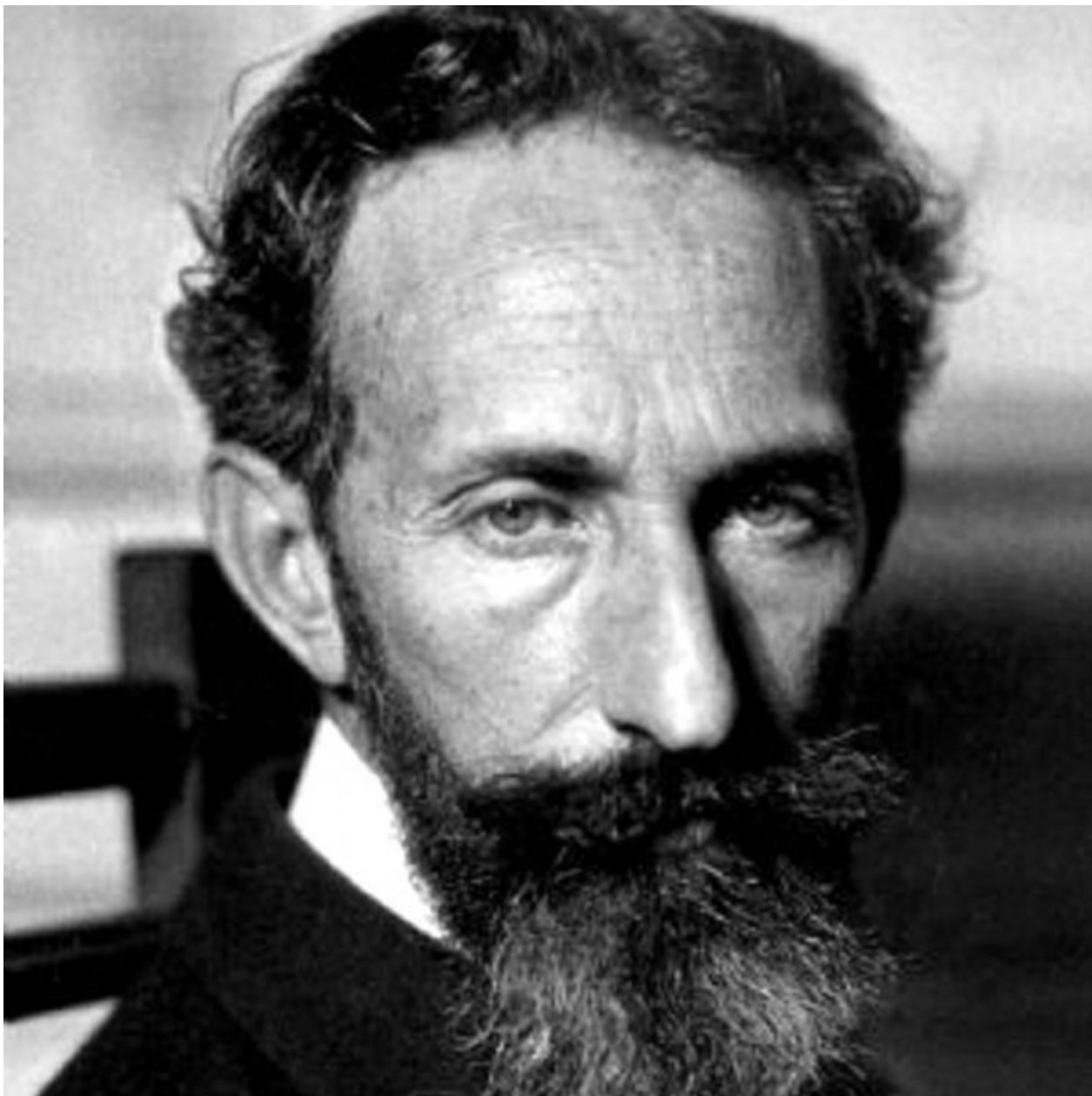
Los tatetos no tienen prisa; su enemigo está ahora fuera de

su alcance, pero llegará un momento en que no podrá sostenerse más sobre el tronco, y esperan.

El hombre lo prevé también, y cierra un instante los ojos, a trueque de oscilar y caer. El conoce la obstinación de esos demonios, capaz de resistir días y días, y que nada aplaca...

Ha caído del todo la noche. El hombre debe poder mantenerse aún de pie inmóvil sobre el estrecho tronco, aunque no se le ve. Los tatetos, inmóviles también, esperan.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el

estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región,

los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)